

COLEGIO SALESIANO "SAN JOSE"
ROSARIO DE SANTA FE (Argentina)



Rosario, febrero de 1975.

El 11 de setiembre de 1974, después de una larga y penosa enfermedad que fue minando implacablemente su robusta salud, entregó su bella alma al Señor nuestro querido hermano el sacerdote

HUGO RENE GERARDO AMUCHASTEGUI

de 66 años de edad, 49 de profesión y 41 de sacerdocio.

1. Datos cronológicos.

Había nacido el padre Amuchástegui en Añatuya (provincia de Santiago del Estero, Argentina) el 24 de setiembre de 1908. Era hijo legítimo de Ermelinda Tolosa y Lindor Amuchástegui, ambos de recia raigambre vasca. Tuvo seis hermanos y bebió tempranamente de sus progenitores la esencia de un cristianismo hondo y lúcido. Fue bautizado y confirmado en la parroquia de Añatuya, y recibió por primera vez al Señor el 21 de junio de 1916 en Santiago del Estero.

Al año siguiente, residiendo ya con su familia en la capital cordobesa, frecuenta el oratorio festivo del colegio salesiano "Pío X^o", donde pudo conocer y gozar del cuidado y la estima de aquellos excepcionales salesianos que fueron los padres Juan Gherra y Tantardini, incansables pioneros de la obra salesiana en estas tierras. En 1918 es alumno de 2^o grado en el colegio "Pío X^o". Cursará allí también el 3er. y 4^o grados. Deseoso de abrazar los estudios eclesiásticos en la Congregación Salesiana, movido por el testimonio de los salesianos que frecuentaba, comenzó su aspirantado en Bernal el 8 de enero de 1921. Después de tres años, en enero de 1924, comenzó su año de noviciado allí mismo. Recibió la sotana el 29 de enero de 1924, de manos del padre Inspector Don Valentín Bonetti. Y el 24 de enero de 1925 profesaba por primera vez, con notoria alegría de su joven espíritu. Renovará luego sus votos por tres años en Vignaud, el 29 de enero de 1928, y hará su profesión perpetua, también en Vignaud, el 25 de octubre de 1930.

En 1923, antes del noviciado, había comenzado en Bernal sus estudios de magisterio, los que coronará felizmente allí en 1927. El trienio práctico lo llevó a trabajar en las casas de Rodeo del Medio (Mendoza) y de Salta. En 1930 regresa a Vignaud para comenzar los estudios teológicos, mientras continuaba desempeñándose como maestro y asistente. Inaugurado en Córdoba el Instituto Teológico Internacional "José Clemente Villada y Cabrera" —donde cursaron sus estudios tantos sacerdotes de las Repúblicas del Plata— prosigue en él sus estudios durante los años 1931, 32 y 33. El 3 de diciembre de 1933 recibe el sacramento del Orden en Córdoba, por la imposición de las manos de Monseñor Leopoldo Buteler. Había arribado a la meta de sus más nobles aspiraciones. De ahora en adelante, durante treintidós años será siempre el sacerdote ejemplar que, más con la rectitud y sencillez de su ministerio que con el brillo de su palabra o de su acción, pondrá constantemente en evidencia —"el sacerdote es siempre y en todo lugar sacerdote", solía repetir San Juan Bosco— la

comprensión de su vocación y la responsabilidad de su misión en la Iglesia y en la Congregación.

Después de su ordenación es destinado a la casa de formación de Vignaud. Allí trabajará durante los años 1934, 35 y 36 como profesor, asistente y maestro de música. Y en 1937 es trasladado a este Colegio "San José" como director de estudios y profesor de los alumnos estudiantes. Pese a su precaria salud (unos treinta años antes de su muerte había sido prácticamente desahuciado debido a una nefritis de serias consecuencias), se desempeña como director de estudios durante seis años, con numerosos alumnos internos a su cargo y con abundantes horas de clase. Fue durante este tiempo el padre consejero respetado y querido por todos y uno de los profesores de ciencias exactas más competentes y valorados de la ciudad de Rosario.

En 1943, para favorecer su menguada salud, es exonerado del cargo de consejero; pero continúa en el "San José" como profesor y confesor. Del año 1957 al 1960 pasa a colaborar en nuestra parroquia de María Auxiliadora en calidad de teniente cura. Y del 1960 al 65 retoma sus habituales cátedras en su querido bachillerato del colegio "San José". En 1965 es trasladado al noviciado de Manucho como confesor. Y en 1967 es nombrado confesor y prefecto del Colegio "Don Bosco" de Santa Fe, donde trabaja incansablemente, ya con los achaques de su salud quebrantada, en la construcción del nuevo pabellón del colegio "Don Bosco". Quedará en Santa Fe hasta 1972, cuando regresa por última vez, y ya con la salud cada vez más precaria, a su añorada comunidad del Colegio "San José", en donde cumple funciones de teniente cura en nuestra parroquia de María Auxiliadora hasta su deceso, ocurrido aquí en Rosario el 11 de setiembre de 1974, después de varios meses de internación y de solícitos cuidados, tanto de parte de los facultativos que lo atendieron con tanta habilidad, como de sus hermanos en Congregación que lo asistieron generosa y cariñosamente.

Cabe señalar que el padre Amuchástegui fue Asesor del Secretariado Regional de los Exalumnos de Don Bosco de esta Inspectoría "Nuestra Señora del Rosario" durante los años 1948, 49 y 50; y Asesor del Centro de Exalumnos del Colegio "San José" del 1950 al 1956.

2. Su personalidad.

Si tuviéramos que compendiar en pocas palabras la simple y fecunda trayectoria del querido padre Hugo, tal vez tendríamos que decir que fue: **un ejemplar religioso**, conocedor y practicante fidelísimo del espíritu y de las reglas de su Fundador y de su Congregación; **un sacerdote digno** y siempre dispuesto a ejercer concientemente su ministerio; **un educador comprometido**, brillante profesor y responsable director de estudios y **un tenaz e incansable formador de líderes**, de profesionales competentes, de cristianos a carta cabal, que hoy bendicen su nombre y atesoran su recuerdo en diversos lugares del país.

Creo que son precisamente estas facetas las que también remarcaron los que hicieron uso de la palabra el día de su sepelio. Nos permitimos extraer lo que juzgamos esencial y definidor respecto a la personalidad del padre Amuchástegui, de tres oradores distintos, unánimes y convergentes, a su vez, en la substancia de sus pensamientos.

• **Monseñor Victorio M. Bonamín**, Pro-Vicario Castrense, que presidió la misa celebrada de cuerpo presente y que pronunció la homilía, nos envió luego unos apuntes sobre la personalidad del P. Amuchástegui. Pocos como él pudieron conocer de cerca y en profundidad al P. Amuchástegui, pues trabajaron juntos muchos años entre los alumnos, exalumnos y profesores del Colegio "San José". Lamentamos no poder reproducir totalmente sus autorizadas expresiones, que recalcan estos cuatro aspectos:

—**"El sacerdote-religioso.** Línea recta hecha por y para las "Reglas" salesianas. Fervoroso en su religiosidad (piedad) sacerdotal. Negación del "Quaerunt quae sua sunt...". Su fidelidad a la observancia religiosa no le "pesó"; nunca se sintió ahogado u oprimido —o "desplazado"—, por más sacrificios que debiera hacer para ser fiel; nunca obró "por su cuenta", arbitrariamente, aun cuando ello pudiera redundar en facilidades para cuidar su endeble salud. Era el "nada pedir, nada rehusar" de San Francisco de Sales. Suma delicadeza de conciencia. **Hombre de conciencia.** De ahí derivaba su delicadeza de costumbres, de modales...

—“**El maestro.** Fue su apostolado más constante y brillante. Sabía enseñar; sabía hacer estudiar... La seriedad de su docencia se traducía, asimismo, en el “ambiente de estudio” que imponía en toda la Sección. Los resultados estaban a la vista: gran aprecio del Colegio Oficial hacia el Incorporado (nuestro Colegio “San José”) por la seguridad del estudio. Éxito de los alumnos en los exámenes ante Comisiones oficiales. En el “Ministerio Coll”, que impuso los exámenes cuatrimestrales escritos, con obligación de publicar por los diarios el resultado de todos los Colegios, el “San José” estuvo a la cabeza de todos los de Rosario...

—“**El educador.** Hecho a la “educatio strenua” en sentido personal, no es extraño que la auspiciara en la educación de sus alumnos. Tenía conciencia de sus obligaciones como “asistente” y “Jefe de los asistentes”. Puede decirse que la “asistencia —a la cual se daba, entonces, suma importancia... con razón, o sin ella— fue su cruz y su obsesión; incansable, infaltable. Pero, no educó “para él”, o “según él”: como que a su misión de educador sacrificó su misma popularidad (o, si se prefiere, su derecho a la “simpatía popular” o al “afecto popular”). Aquí, este hombre de conciencia, era el hombre de la **responsabilidad**...

—“**El amigo.** No era expansivo ni expresivo; la fuerza de su estirpe vasca lo inclinaba a un autodiminio que rozaba la frialdad exterior. Pero, sentía hondamente la amistad. La gozó de muchos de sus mejores Superiores, de sus compañeros de vida salesiana. En la intimidad, se gozaba de las expansiones de los otros, las fomentaba generosamente. Sus alumnos —mientras fueron alumnos— tal vez no lo sentían afectuoso, pese a verlo sacrificado, preocupado, por ellos (¡si es que eran capaces de verlo, cosa siempre difícil entre los adolescentes!); pero, luego, como ex-alumnos, valorando en perspectiva una personalidad como la suya, se convertían en panegiristas entusiastas de su antiguo “Consejero”, volvían con gusto a visitarlo, se complacían en exponerle las vicisitudes de sus estudios universitarios, sus mismas andanzas de novios o noveles esposos, sus fracasos y triunfos...”

• Por su parte, el doctor **José Luis Cantini**, ex-Rector universitario y ex-Ministro Nacional de Educación, habló durante la misa, después de la comunión, en nombre de los exalumnos del P. Amuchástegui. Dijo, entre otros conceptos:

“...Gracias por todo lo que nos diste y lo que nos seguirás dando. Por tus enseñanzas y consejos. Por tu prudencia. Por tu trabajo perseverante y silencioso. Por tu sencillez. Por tu humildad. Por tu timidez. Por tu invariable serenidad. Por tu íntima y contagiosa alegría y tu humor constante. Por tu cordialidad. Por tu sentido del deber. Por tu sentido de la justicia. Por tu fidelidad al sacerdocio. Por tu pobreza, por tu castidad y por tu obediencia. Por tu seriedad en el desempeño de la difícil labor docente. Por no haber abdicado de tu autoridad, todas las veces que debiste ejercerla. Por no haber rehuido nunca las responsabilidades. Por no haber cedido ante nuestra natural indisciplina juvenil. Por habernos sabido guiar con bondad pero sin blanduras ni falsas condescendencias. Por habernos corregido con firmeza pero sin exceso. Por tu autenticidad: por haber tenido siempre una sola cara, una sola vida, una sola conducta. Por tu resignación y tu larga paciencia en la enfermedad física y en la desilusión moral. Por tu equilibrio y tu sentido de la medida. Por la claridad de tus ojos y la frescura de tu sonrisa, que vencieron al tiempo y vencerán a la muerte. Por tu corazón grande y bueno. Por todo lo que nos diste y por lo que nos negaste, gracias. Gracias, por fin, por tu última lección de padre y maestro: tu muerte ejemplar y envidiable...”

“Ahora, después de los años, después de haber visto todo lo que se puede ver y aún lo que nunca pensamos que veríamos alguna vez, aquellos maestros nuestros, entre los cuales el Padre Amuchástegui se destaca, sin duda, no como el más brillante pero sí como el más representativo, nos parecen seres excepcionales y gigantescos. A su lado, nos sentimos pequeños. La mayoría de sus exalumnos ha brillado en el mundo más que él. Pero nosotros sabemos que el brillo de mucho es sólo el reflejo de una luz que él encendió, alimentó y conservó fielmente toda su vida. Sabemos que todo lo hizo por Dios. Pero también por nosotros. Nos quería de verdad. Nosotros podremos haber olvidado el nombre o el rostro de nuestros compañeros, pero él no olvidó los de ninguno. Siguió la estela de cada uno, alegrándose con sus éxitos, doliéndose en sus pruebas y fracasos, rezando siempre por todos. Dios lo premió ya en esta vida, concediéndole el respeto y el amor de sus exalumnos, en una medida nada común. Por eso, en esta hora triste y a la vez dichosa, no lloramos por él ni por nosotros. Porque él alcanzó la meta que soñó desde su propia adolescencia. Y

porque nosotros hemos podido tener la felicidad de haber sido sus alumnos y sus amigos...".

• En el cementerio habló el Presidente de los Exalumnos de Don Bosco de Rosario, el doctor Roberto Vázquez. Y en nombre de los Salesianos de la Inspectoría "Nuestra Señora del Rosario" lo hizo el padre **Héctor J. Valla**, quien expresó:

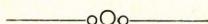
"Yo me sentía contagiado por su alegría cuando, en la vieja sala del gabinete de física, le oía releer mentalmente la ficha personal y todo el currículum posterior de sus grandes exalumnos de la edad de oro del bachillerato del colegio, que desarrollan hoy actividades profesionales en toda esta ciudad de Rosario, o diseminados en la Provincia de Santa Fe o en todo el Noreste argentino, y que encontraban hasta ayer en Usted al sabio mentor de sus años juveniles y a su amigo y consejero de siempre.

"Sí, padre Amuchástegui: Uno se encuentra por todas partes con hombres que piensan con las grandes formas y hábitos mentales y que obran con el recio temple moral que Usted supo gestar en ellos. Usted sigue viviendo no sólo allá arriba, sino también aquí abajo. Hay un cachito de su alma en el alma de cada uno de los que recibieron sus lecciones de maestro y sacerdote.

"Pero, yo quisiera poner aquí de relieve aquello que poseía Usted de peculiar como salesiano y como sacerdote: Usted era un hombre derecho, de esos que —debemos confesarlo— van haciendo falta en nuestros tiempos y que saben decirnos lo que está bien y lo que está mal. Yo dudo de que Usted acertara siempre en ciertas apreciaciones que le escuchábamos. Pero estoy completamente seguro que nunca se equivocaba en las grandes orientaciones que deben guiar la vida del hombre y del cristiano, y particularmente la misión del religioso y del sacerdote.

"Padre Amuchástegui: Usted se nos va, pero le decimos que nos deje todo eso que Usted tenía: su rectitud, su disciplina, y su temple moral; su responsabilidad, su firmeza y tenacidad de vasco; su capacidad para afrontar y, si es necesario, para enfrentar. Despójese Usted de todo eso que ahora no necesita en la gloria de Dios, y repártalo como herencia entre quienes lo seguimos necesitando.

"Le prometemos que no malgastaremos ese legado suyo y que lo haremos sangre de nuestra vida y alimento de nuestro camino".



Sufrió valerosamente por muchos años la persistente enfermedad que pudo al fin más que sus propios cuidados y los avances de la terapia más actualizada. Pese a sus inevitables y crecientes achaques, siempre sonreía y fue fidelísimo a sus obligaciones hasta el último momento. Veía con toda claridad el fin inminente y él mismo se adelantaba a comunicarlo a sus hermanos y amigos. ¡Cómo nos impresionaba en sus últimos meses, verlo ir casi arrastrándose a rezar su diaria misa o a su puesto de trabajo en nuestra parroquia!

Después de una prolongada internación en un sanatorio de nuestra ciudad, entregó su escogida alma al Señor el 11 de setiembre de 1974, aquí en Rosario. Las demostraciones de afecto expresadas durante su última postración, se renovaron en el velatorio de sus restos y en la misa de cuerpo presente, que presidió en nuestra cripta de María Auxiliadora Monseñor Victorio M. Bonamín. Salesianos, Hijas de María Auxiliadora y muchos de sus exalumnos y amigos se dieron emocionada cita ante sus restos mortales en el templo y en panteón salesiano del cementerio "La Piedad", donde ahora descansan junto a los de otros hermanos de esta Inspectoría.

Queridos hermanos: El Señor nos ha privado de la presencia física del inolvidable padre Hugo Amuchástegui; pero sigue viviendo entre nosotros el testimonio ejemplar de su vida totalmente consagrada a Dios y a los jóvenes, porción dilecta de la Iglesia y de la Congregación. En estos momentos en que tanto escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, quiera el Dueño de la mies suscitar en esta Inspectoría vocaciones de la dimensión y de la trayectoria del querido padre Amuchástegui.

Al encomendarlo en sus oraciones, les ruego también un recuerdo por esta comunidad del "San José" y por su afectísimo en San Juan Bosco.

OSCAR GILABERT
Director